



Benjamín Padilla

(Pseudónimo: Kaskabel)

△▽

Pugilato²

Afuera del teatracho se oía una algarabía endemoniada: periodiqueros, boleteros, vagos, curiosos y aficionados. Tal como en las afueras de una plaza de toros.

La puerta, abierta de par en par, arroja una inmensa bocanada de luz que inunda la calle e ilumina los grandes cartelones de mil colores y gigantescas letras.

«Allí es...», me dijo mi amigo.

¡Y allí era! Íbamos a presenciar la «Fiesta Nacional»; una serie de seis distintos asaltos a pugilato, en que doce circunspectos *misteres* iban a hincharse el hocico a bofetadas sin que hubiera el más leve disgusto de por medio... Llegamos. Y mediante un módico tostón por piocha (acá no hay valientes que paguen por los amigos), pudimos pasar los dinteles de aquel templo de las trompadas.

Era un salón inmenso. En medio el *ring*, que aunque por llamarse anillo debiera ser redondo, allí era cuadrado: levantado casi un metro sobre el nivel del suelo.

Alrededor de ese *ring* estaba la sillería, simétricamente acomodada. Detrás las galerías democráticas, adonde entraban borbotones de espectadores.

¿Música?... No señor. ¿Para qué queríamos melodía más armónica que la de las bofetadas que iban a resonar?... A cambio de música había luz a chorros por todas partes. «Madrugamos mucho», dijo uno de los amigos.

Faltaba más de media hora. Eran apenas las ocho de la noche.

Ya eché a volar la paloma del recuerdo. ¡Y suspiré acordándome de aquellas tardes radiantes de sol, en que Gaona y Belmonte, con cuadrillas deslumbrantes, partían plaza, pálidos y sonrientes a la vez, mientras la música sonaba alegremente un aire flamenco, y los tendidos reventando de gente y la gente reventando de alegría, se desgajaban en gritos y aplausos...

Mi amigo, viéndome inmóvil, callado, me sacudió del hombro y me dijo: «No te duermas»...

El público empezaba ya a patear impaciente y a lanzar unos gritos, que no los traduzco porque no pude hallarlos en el diccionario de bolsillo que no se aparta de mi bolsa de pistola desde que llegué. Pero con seguridad significaban lo mismo que las patadas, porque al poco rato ya estaban sobre el tablado dos señores que, por su traje, nos hacían pensar en maestros primeros padres, solamente que en vez de hoja de parra traían un pañuelo, con ítem, más dos tremendos guantes de cuero café en las sendas manos.

Un gritón (talmente como en las peleas de gallos) hizo la presentación de cada uno, berreando el nombre a todo trapo. Los hicieron jurarse recíprocamente que, aunque se reventaran un ojo, se quebraran las muelas o se machacaran los riñones, no se guardarían rencor... Ellos sonreían como los mejores amigos...

Sonó luego un timbre. Estrecháronse efusivamente la mano, y a renglón seguido comenzó la bofetiza... ¡Pero con un ardor, como si se hubiera insultado a la familia!...

¡Pum... pam... pum! Parecía un redoble.

A los pocos minutos ya estaba un señor de aquellos tumbado en el suelo de una tremenda bofetada, y con una maestría que daba a conocer sus profundos conocimientos en pugilato, se retorció como si tuviera torzones...

El Juez, un honorable *mister* con aspecto de Embajador, comenzó sumamente serio a contar:

«*Uuán... tú... tri...*», ¡hasta diez!... Pero bien podían haberle contado hasta diez mil, pues le infundió tal sueño aquel tafite, que tuvieran que llevarselo en parihuelas...

El público rompió en aplausos y gritos: «*Ata boy...*» (esto quiere decir algo así como «viva tu madre»). Aquello era primoroso, chulísimo.

¡Y el triunfador, con las manos en alto, atravesó el salón, tieso, sonriente, orgulloso, aunque con un ojo morado, que más que ojo parecía un pedazo de bofe...

Había pasado el primer toro. Yo, sin querer, me acordaba de nuestra fiesta favorita, hermanita -aunque fuera no más de madre- de esta otra. Y me parecía ver a Gaona, con un par de banderillas en alto. ¡Gallardo, sereno, artístico como una escultura: avanzando lentamente -en medio del silencio solemne, en que se oía el jadear de los corazones- sobre el otro que resoplaba amenazante!... ¡Y llegar a clavar las banderillas, con guapeza, con arte: y como si hubiera tocado al clavarlas un botón mágico, desgranarse el estruendo de un aplauso clamoroso!...

Desperté. Ya estaban en el *ring* dos peleadores más. Era la pelea de fuerza. La emocionante. El público, entusiasmado, gritaba y aplaudía.

Se trataba de un blanco y un negro. Dos atletas corpulentos como locomotoras.

El blanco, un gringo rubio y alto, grueso y calvo, contestaba alegremente los saludos del público cuando el gritón lo presentaba.

Luego fue presentado el negro. El público calló con desprecio. Ni un aplauso. Ni un insulto siquiera. ¡El pobre negro, que parecía gigante de ébano, escondía la cara, bajaba la vista, como humillado bajo el peso de tanto desprecio.

Los ayudantes, que dan aire y agua a los luchadores en el minuto de descanso, se negaron a servir al pobre negro. Y fueron substituidos por dos negritos vivarachos y bulliciosos.

Sonó el timbre y comenzó la pelea...

¡Ay amigos!... No permita Dios, ni quiera el Diablo, que tropiece en mi camino con un enemigo de este pelo... Aquello no era negro... Era una ametralladora de dar bofetadas. Pero con tal destreza, con tal furia, que parecían retemblar las galerías.

¡El público, enmudecido por la sorpresa, no hallaba si aplaudir al gladiador atleta -al negro odiado- o silbar al pobre rubio, que hecho un harapo, dejaba así bofar a la casta blanca!...

El infeliz güero, ante el chaparrón de tremendos golpes, descargados con verdadero odio, con furia de rencor, escondía la cabeza, inclinándola, mientras se defendía tapándose con los guantes las orejas...

Pero el negro, entonces, le asestó un tremendo bofetón de abajo arriba, que lo hizo caer de espaldas, con los brazos abiertos, como implorando clemencia...

El juez veedor, reloj en mano, comenzó a contar: «*Uuán... tú... tri...*».

Entre tanto, el negro, a dos pasos, fulgurante la mirada, puesto en guardia amenazante, esperaba sólo que el infeliz gigante se incorporara para lanzarse sobre él...

Pero no sucedió así. El pobre blanco estaba vencido: deplorablemente aniquilado.

Ni un aplauso. Sólo se oían imprecaciones de rabia, que malicio han de haber sido insolencias: todavía no llego a esta parte del aprendizaje inglés.

Era la última pelea. El público, airado, desalojó la sala, manoteando y pateando.

Yo me quedé en un rincón hasta que salió el último.

El ave del recuerdo tornó a volar. Y me parecía ver, al terminar la corrida, aquel desfile deslumbrador de mujeres hermosas, radiantes de juventud, sonrientes de alegría, con el doble atavío de su lujo y su belleza, palpitante el pecho aún con la última proeza del héroe de la tarde... Y la multitud, nerviosa todavía, desfilando apretujada, por las avenidas anchurosas llenas de sol, invadidos de lujosos automóviles, que pedían paso con el ronco graznido de sus sirenas... Todos comentando, discutiendo la bizarría de los toreros, con el brío que pone en los labios el recuerdo revivido.

El grito de un *mister* que nos echaba fuera, me despertó. Mi amigo, ya en la calle, me preguntaba:

«¿Qué piensas de esto... y las corridas de toros?».

«Pienso tanto, que nada digo», le contesté.

Y él, sintiéndose filosófico, exclamó:

«Es manifestación del mismo instinto, modificada según el temperamento de la raza. Es la "bestia humana" que todos traemos dentro y que inexorablemente asoma, lo mismo en razas cultas como en las bárbaras: al igual en los hombres intelectuales como en los salvajes, y así le pongan el freno de todas las leyes...».

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

